

LECTURAS POPULARES.



Lo mucho es enemigo de lo bueno.

Simon es un hombre tosco, de pocos alcances, fornido, de cabeza dura, pero honrado: una vez solamente ha querido salirse del camino de la probidad; pero ha tenido que sufrir un castigo tan ridiculo, que no le han quedado ganas de faltar más á la honradez.

A consecuencia de una enfermedad que le habia dejado mal parado, mi pobre Simon no podia dormir: vino á mí para que le recetara alguna cosa, y en efecto, le mandé una bebida soporífera. Mi receta le produjo un efecto maravilloso: Simon roncó perfectamente desde las diez de la noche á las ocho de la mañana siguiente. Soñó que se hacia millonario, que echaba coche, y aun tuvo barruntos de llegar á ser un personaje importante.

—¡ Bendita sea esa bebida! decia el buen Simon, frotándose los ojos y estirando los brazos: si no fuera porque cuesta tres reales, habia de beber de ella todas las noches ántes de irme á dormir.—Mas por desgracia no todas las noches son lo mismo: á la siguiente bebe Simon el residuo de la bebida, y no logra pegar los ojos. En vano se vuelve de un lado al otro y cambia de posturas: el sueño no viene, y Simon se enfada de veras. Cuando alguno se enfada, es de rigor echar al prójimo la culpa de todo lo que pasa; y el paciente se la echa al médico: tanto valdria echar al labrador la culpa del mal tiempo.

—¡ Pícaro médico! murmuraba Simon: pues ¡y el bribon del boticario! ¡ Qué bien estarán roncando uno y otro! Simon enciende luz y se levanta. Si le hubiérais visto entónces con los puños cerrados, la mirada fija y el pelo erizado, hubiérais dicho de seguro:—¡ Ese hombre medita un crimen!

Con todo, Simon no meditaba un crimen, sino solamente una barbaridad.

—Ya entiendo yo la maula, decia para si, apretando los dientes de coraje. Esa gente vive á costa de los enfermos, y por eso andan entreteniéndolos, sin curarlos, para que no se acabe el filon. El boticario por su parte me habrá sisado lo ménos la mitad de la receta, y por eso aunque me hizo algo de efecto la primera noche, luego ya no me sirve. ¡Ah, bribon, yo te arreglaré hoy: veremos quién lleva el gato al agua!

A eso de medio dia Simon va á la botica.

—¿Qué tal habeis dormido con esa receta? pregunta el boticario á Simon con cierto interes.

—Así, así, le responde éste con cierta indiferencia y alargando la receta.

Esta se reducía á unos pocos gramos de *jarabe de morfina*. Este medicamento es demasiado fuerte, y hay que usarle con moderacion. El boticario principia á preparar la bebida, pesando y calculando lentamente, y mezclando los ingredientes. En esto llega uno con mucha priesa pidiendo dos cuartos de cerato.

—Voy á despachar á Vd. en seguida que acabe con este parroquiano.

Simon ve los cielos abiertos, y dice al boticario con aire socarron:

—No tengo priesa, despache Vd. á este otro.

Mientras el boticario va á la trastienda por el cerato, Simon agarra el frasco de jarabe y echa en su botella doble ó triple cantidad de la que marcaba la receta.

¡Hola, hola! Señoritos, ¿creian Vds. divertirse conmigo, eh? Pues por esta vez no me la pegan. ¡Venderme á mi el sueño escatimado de ese modo! ¡Oh! lo que es por esta vez... Y Simon se queda muy satisfecho de su astucia. Despachado el cerato, el boticario tapa la botella, la limpia, le pone el papel y todos los demas avios, que ellos usan con ese lujo de *empaquetamiento* que es peculiar de los boticarios.

Pagada la receta, Simon se va á su casa muy contento, y aquella noche se tira de un trago toda la bebida.

El sueño artificial producido por los soporíferos es hasta cierto punto un remedo de la muerte. Las facciones se contraen, los miembros están crispados, la vista cruzada, la piel pálida y fria, y el cuerpo todo embotado y entumecido: es una especie de letargo; y lo peor es que interiormente está

el hombre casi despierto, aunque exteriormente parece dormido.

Dan las ocho, dan las diez, y Simon no se levanta: un camarada suyo viene á buscarle: entra gritando, pero aquel no despierta.

—Eh, compadre, parece que se duerme bien: alto, alto, que ya es hora.

Nada: Simon no responde ni se despierta: le tira de los brazos, le alza un poco, y vuelve Simon á caer pesadamente sobre su cama.

—¡Diantres! dice su camarada, este hombre está muerto: la hemos hecho buena!

Le coge la mano, le toca la nariz, y ambas están frías. Llama á la vecindad; acuden los curiosos, y Simon, que entreoia confusamente lo que se decia, pero sin poder moverse ni dar señal de vida, pudo recoger algunos datos de la oracion fúnebre que le recitaban sus vecinos.

—Se habrá envenenado, decia el uno: crean Vds. que era muy bruto.

—Habrá empinado el codo demasiado, decia otro.

—Yo creo que iba muy á ménos, añadía una vecina: andaba muy cabizbajo; y luego, como él era tan bestia...

—Habrá que llamar á un médico.

—Antes avisarle al comisario.

En esto, llegué yo á visitarle como médico suyo. Al punto conocí que no estaba muerto, sino envenenado con opio.

La oracion fúnebre tomó entónces otro giro.

—Pobrecillo Simon. ¡Y en medio de todo es un hombre de bien!

—Ya lo creo, decia otro, y muy trabajador!

—Y servicial para todos los vecinos!

—¡Lástima hubiera sido!

—¡Vaya! ¿Pues qué, no habia más que morirse sin ton ni son?

Hice traer un poco de café, y le metí unas cucharadas en la boca: á poco rato abrió los ojos y nos miró con un aire estúpido y alelado.

—Vamos, vamos, le grité, fuera pereza, menéese Vd.

—¡Ah, señor *dotor*, señor *dotor*!

—¿Qué es eso, Simon, ha tomado Vd. mucha morfina?

—¡Cómo que *mucha*! ¿Sabe Vd. lo que ha pasado? ¿Lo

habrá conocido el boticario? Yo se lo pagaré todo: ¡bien empleado me está!

No entendi al pronto lo que me queria decir: contóme á solas el suceso, que me hizo reir mucho, y más oyéndole decir con toda su alma:

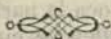
—Por mi parte estoy dispuesto á *estar enfermo todo el tiempo que Vd. guste.*

Dile por penitencia que reflexionara estas dos máximas:

Lo mucho generalmente es enemigo de lo bueno.

Lo mal adquirido no hace provecho.

UN MÉDICO



Piedra que rueda no eria moho.

Este es un refran viejo, pero que debe repetirse, pues á pesar de la gran verdad que encierra, hay sujetos que no escarmentan, y se complacen en *andar rodando*, ó como suele decirse, *de Ceca en Meca*. Añádase á esto la mania que hay en los pueblos de *ir á Madrid á hacer fortuna*.

¿De qué proviene que muchos andan pasando de la flojedad al mal estar, del mal estar á la miseria? De que andan cambiando á cada paso, porque siempre *andan rodando*.

En vez de permanecer en un estado modesto, pero que les deja vivir, se disgustan al primer obstáculo y se dedican á una nueva carrera, que luego truecan por otra, ó por un oficio, del que luego se cansan. Se creen *capaces de todo*, y en realidad para nada sirven. Andan catando de todo, sin profundizar nada; siempre con ensayos, y jamas con perseverancia; así es que nunca llegan á tener una posicion sólida. Gimen y se desesperan, acusan á la sociedad y á todo el mundo, y hasta se las apuestan á Dios. A sí mismos, á su lijereza é inconstancia es á quienes debian acusar, porque ellos mismos y ellos solos son la causa de su miseria.

Los jornaleros de los pueblos grandes, que se hallan muchas veces con los brazos cruzados por falta de trabajo, y en donde la miseria es á veces tan punzante, ¡cuánto mejor estaban en su tierra, donde todo el mundo los conocia y tenian *para ir pasando*! Es verdad que *el puchero* andaba escaso, y

que tampoco iba muy sobrado el vino; pero en cambio nunca faltaba el pan; habia casa barata para vivir, y el pago iba corriente. Creyendo ganar más dejando su tierra para *hacer fortuna*, vendieron sus pocos muebles, y quizá la casita de sus padres; y dejando lo cierto por lo dudoso, se vinieron á Madrid, á Barcelona, á Sevilla, ó á alguna otra gran ciudad de esas en que, como suele decirse en lenguaje picaresco, *se atan los perros con longaniza*; frase con que los escarmentados suelen burlarse de los crédulos, que se figuran encontrar allí la fortuna al momento.

Ya están en la corte, ó en la capital de su provincia: ¿y están mejor? ¡Ah, no, mil veces no! Si pudieran volverse... ¡Oh, si fuera posible deshacer lo hecho!

Es verdad que en su tierra los jornales eran cortos y habia que contentarse con 4 ó 6 rs. Es verdad que en Madrid gana de 2 á 3 pesetas; pero con frecuencia falta el trabajo, el pan *cuesta un sentido*, y las casas *están por las nubes*; frase vulgar muy adecuada, pues no solamente hay que subir muy alto, sino que hay que pagar muy caro. ¿Y el calzado? ¿Y el vestido? ¿Y cuando falta el jornal? ¿Y si uno llega á caer malo? En el campo y en los pueblos hay muchos arbitrios de valde, ó casi de valde: en los pueblos grandes hay que pagar hasta el agua que se bebe. Ello es que para un jornalero que se haga rico en un pueblo grande, hay ciento que se arruinan: por desgracia todos hablan y envidian al rico, y nadie se acuerda del pobrete que ha muerto en el hospital.

Poco tiempo há pedia limosna á una persona piadosa una pobre mujer con dos hijos, estenuados los tres de miseria y cubiertos de harapos. El marido habia muerto en el hospital, y ella, no teniendo ya nada que vender, y sin un cuarto, pedia con instancia una limosna para volver á su pueblo, renegando del momento en que salió de allí. ¡Y tenia que andar á pié 62 leguas! Viéndose en su pueblo pocos años há con algunos ahorrillos, su marido y ella se habian empeñado en venir á Madrid, á pesar de las reflexiones de sus parientes y amigos, que lo miraban como un desatino. Ellos se figuraban que era envidia, y que aun la tendrían mayor cuando los vieran, al cabo de algun tiempo, venir de Madrid bien vestidos, dándose importancia y contando maravillas de la corte. Pero al cabo de siete años de trabajos y malos ratos, el

marido habia muerto en el hospital, los chicos apenas habian recibido alguna educacion de limosna, y en tal disposicion habia tenido ella que escribir á sus parientes. Estos contestaban que, á pesar de su pobreza, le ayudarian en lo que pudiesen, si volvía allí: ¡cuánto mejor le hubiera sido no haber salido!

Este suceso es bien sencillo, pero de mucha enseñanza: ¡y cuántos y cuántos se pudieran citar por el estilo!

Así, pues, el que quiera salir adelante con su profesion, y quizá llegar á prosperar, que tenga perseverancia, porque *piedra que rueda no cria moho*. Una vez tomado su partido, seguirlo con constancia. Cuando un viajero se extravía en una selva, si principia á ir de una parte á otra andando y desandando, es perdido: para salir del apuro no tiene más remedio que hacer por serenarse, tomar una resolucion, y andar siempre en línea recta sin desanimarse: al cabo se le ha de hallar fin al bosque, y se saldrá al llano.



La suerte.

Sobre la puerta de una magnífica casa de campo se leía en letras de oro la inscripcion siguiente: *Esta hacienda es para el dichoso mortal que esté contento con su suerte.*

Varios se presentaron reclamándola bajo diferentes conceptos, alegando que con aquella hacienda tenían para pasarlo muy bien y estar contentos con su suerte; pero la hacienda no era para contentar á nadie, sino para quien de hecho estuviese contento.

Un dia se presentó un ricachon con gran séquito y aparato reclamando la hacienda para sí. Al pasar por allí, habia visto el rótulo, y venia á reclamarla, pues en efecto, no solamente estaba contento con su suerte, sino que era el hombre más feliz del mundo.—Todo me sale á pedir de boca, decía: tengo mucho dinero, y con él allano todo, de manera que logro, no solamente mis deseos, sino hasta mis caprichos. No me trueco por nadie: no tengo obligaciones, y en este momento ni aun disgusto alguno: así, pues, no tan sólo tengo suerte, sino que estoy contento con ella.

Este argumento al parecer no tenia réplica; pero el filósofo que debia hacer la adjudicacion, respondió al *hombre de suerte*:—La casa no puede ser para Vd., amigo mio, porque si Vd. *estuviera contento con su suerte*, no desearia esta hacienda ni la pediria, sino que se contentaria con lo que ya tiene.

Sólo el cristiano que pone su confianza en Dios y se resigna en su providencia, es el que vive contento con su suerte.



Toda la gente de una poblacion industrial corria presurosa una tarde de fiesta para ver ascender un globo, del cual debia subir pendiente un titiritero dando volteretas. Este espectáculo nunca deja de llamar la atencion en los pueblos.

Un dueño de una fábrica le dió dos reales á un aprendiz muy listo y honrado para que tomase una entrada y fuera á ver henchir el globo y disfrutar de los demas espectáculos que ofrecia el prospecto. Ya se ve, la ascension de un globo suele verse mejor desde fuera, y hay que añadir alguna otra fiesta para atraer al público. Mas para un muchacho siempre es una gran cosa ver los preparativos y estar hora y media con la boca abierta, dando pisotones y recibiendo codazos.

Nuestro aprendiz se quedó mirando los dos reales, y después de una breve pausa, pidió permiso al amo para emplearlos en otra cosa. A fuerza de preguntas, llegó éste á saber que preferia darlos á una pobre anciana, á la cual llevaba de cuando en cuando algun socorrillo.

Encantado el amo de esta generosidad, iba á darle otros dos reales para que no se privara de la diversion; pero reflexionándolo bien, no quiso privarle del mérito del sacrificio.



Máximas.

El cansancio junto con la seguridad duerme más profundamente sobre la paja, que la ociosidad viciosa sobre colchon de pluma.

Entre las pasiones, las hay que producen sueño, y las hay que lo quitan: la mucha prosperidad, así como el mucho fastidio, ahuyentan el sueño de nuestros párpados.

Ayuda á tus vecinos para que ellos te ayuden á tí.

Si alguno os dice que podeis enriqueceros por otro medio que por el trabajo y la economia, no le deis oídos: guardaos de él; os quiere envenenar.

(FRANKLIN.)

Por todos los artículos,

José de Castro.



Advertencia.

Se abre suscripcion á las *Lecturas Populares* por otro trimestre, á contar desde 1.º de Octubre á fin de Diciembre de 1858.

El precio de la suscripcion es de 20 reales al año en Madrid, y 24 en provincias, franco de porte, por cuya cantidad se dará á cada suscriptor cinco ejemplares de cada número. Si resultase alguna ganancia, despues de cubrir los gastos precisos de papel é impresion, se destinará á la publicacion de buenos libros, que se distribuirán gratis.

Se suscribe en Madrid, en las librerías de *Aguado* y de *Olamendi*, calle de Pontejos; de la *Viuda de Sanchez é hijos*, calle de Carretas; de *Perdiguero*, calle de la Concepcion Gerónima, y de *Lopez*, calle del Cármen. En Provincias en casa de todos los corresponsales de la *Biblioteca Manual del Cristiano*, que publica el editor Sr. Tejado.

Las reclamaciones se dirigirán á la citada libreria de *Perdiguero*.

EDITOR RESPONSABLE: FRANCISCO DE ROBLES.

Imprenta de Tejado, á cargo de Francisco de Robles, Leganitos, 47.—1858.